EL JARDÍN SUFÍ

Al caer la tarde, con Venus en el horizonte y el azul del cielo parecido al de una llama estática, los amigos se reunían a ensayar un arte de párpados y mohines, serenas posturas de delectación y paz. Por la mañana eran las mujeres y los niños los que recolectaban los jazmines con manos rápidas como gorriones distribuyéndolos en cestos de lustroso mimbre. Cantaban. Cantaban en la lengua de Saadi de Shiraz y de Omar Jayam:

Por cada diez mil flores,
dos gramos de esencia, amor mío,
De todos tus besos, solo uno, fragante,
me abre el corazón.

La canción iba y venía, se enredaba en las bocas y las sonrisas como las flores trepadoras. Los visitantes, pertenecientes a la sociedad secreta llamada Los Amigos del Jazmín, escogían la víspera para caminar entre las fragantes alfombras y los suspiros del agua. En aquel Chahar Bagh o jardín cuádruple crecían otras flores y frutos, pero únicamente el jazmín los hacía callar. Sentados en pequeñas sillas de madera clara aflojaban sus ropas, entornaban los párpados y permanecían en silencio durante unas dos horas. En mayo los visitaba el ruiseñor, en julio el jilguero y en los meses más fríos la lavandera de larga y movediza cola. Cuando niños, muchos de ellos habían cantado la canción mientras recogían los delicados capullos. Otros, junto a los ardientes alambiques, habían ayudado a sus madres a destilar la esencia para la Casa Real. Entre la infancia y la edad madura las palabras de la milenaria canción cambiaban de sentido, aunque no para todos. Muy pocos, en verdad, percibían en el *sólo uno* el crecimiento de la *U* que expandía sus bordes hasta el infinito. Las mismas palabras significaban distintas cosas en diferentes períodos de nuestra vida y, sin embargo, todo está allí desde el comienzo, pensaban Los Amigos del Jardín. El temblor de la alberca, las hojas del recurrente y dorado otoño, el erguido ciprés, el incansable surtidor. Los amigos tenían por costumbre perderse en el parpadeo de las estrellas, imaginar que el caer de las errantes las traía allí para alojarlas entre las ramas del jazmín, lo que era interpretado como una señal ascendente que cada uno de los asistentes habituales obedecía a su manera. Tomaban algunas de las flores caídas y, sosteniéndolas en la palma de la mano, las soplaban hacia el cielo. Después, en voz baja, casi imperceptible, repetían:

De todos tus besos, sólo uno, fragante,
me abre el corazón.

Orgullosa, gradual, la noche los cobijaba a sabiendas de que habían cumplido su promesa de amor, su propósito místico. Cinco sentidos para cinco pétalos y un hálito de luna que en la primera chispa del sol protegería con bendiciones su secreto.

A la mañana siguiente, cuando los recolectores de flores iban a trabajar, hallaban renovada con creces su cosecha.

Mario Satz – *Pequeños paraísos*.